

CAPITULO XIV.

Sentencia pronunciada contra Focion : bella accion de Lastenia.

EN esta época fué cuando el pueblo Ateniense señaló su arrebatamiento y ligereza con una sentencia eternamente vergonzosa. Tal es el pueblo en todos tiempos y países, esto es bárbaro y frívolo, dócil y enagenado, ciego é insolente. Decia Epicuro : « Jamas he pensado en agradar al pueblo : lo que sabe, no lo apruebo ; y lo que aprueba, lo ignoro. »

La historia ha grabado sobre bronce las virtudes y talentos de Focion. Era un filósofo de genio rígido, á quien nunca viéron reir ni llorar. Conciliaba la filosofía y la elocuencia con el valor y la ciencia de un guerrero. Desdeñaba los placeres, y su mesa era escuela de frugalidad. Ya fuese al campo, ó ya estuviese al frente de las tropas, siempre caminaba descalzo y sin capa, como no hiciese un frio excesivo. Cuando la llevaba puesta, los soldados decian : « Focion con capa, señal de invierno crudo. » Le llamaban por excelencia el hombre de bien. Pues á este grande hombre se atreviéron los Atenienses á acusar de inteligencia con los enemigos del estado.

Le quitáron el mando de las tropas, y se presentó al pueblo, á los ochenta años de su edad, para defender su causa. Habia en la plaza un concurso prodigioso. Yo tambien estaba. Vi comparecer al anciano venerable, lleno de canas, y llevando como en triunfo sobre su rostro la calma y serenidad de la inocencia. Subió á la tribuna con paso firme. Tres veces abrió la boca para justificarse, y otras tantas le impuso silencio el clamoroso tumulto de aquella desenfrenada plebe. Pasáron á votar sin oírle, y fué condenado á morir por unanimidad de sufragios. Inmediatamente le lleváron á un calabozo los soldados. Todos los buenos temblaban de cólera, y solo un cortísimo número tuvo valor para despedirse de él. Pero Focion iba andando con igual serenidad á la que mostraba en las batallas. Uno de sus íntimos amigos le dijo, anegado en lágrimas : « ¡ Querido Focion mio, que injusta es vuestra sentencia ! — Ya yo me la aguardaba, le replicó : esta es la suerte que han tenido los ciudadanos mas ilustres de Atenas. ¿ Que se puede esperar de un pueblo que, despues de haber condenado á muerte á seis capitanes inocentes, gritaba : seria espantoso que no se permitiese al pueblo hacer lo que quiera, y como lo quiera ? ¿ de un pueblo que por un decreto todavía mas horrible mandó que se cortara la mano dere-

cha á todos los prisioneros que se hiciesen en el mar; que en un combate habiendo tomado dos galeras enemigas, hizo echar todos los prisioneros al agua (a)? ¿de un pueblo, cuyos embajadores enviados á Lacedemonia declararon espresamente que el mas débil debía estar sometido al mas fuerte: la naturaleza, decian, lo ha decidido así? Sin embargo, este pueblo habia erigido altares á la piedad. Un dia habiendo sabido que los Argivos habian matado á mil y quinientos de sus conciudadanos, hizo llevar á la plaza pública los sacrificios espiatorios, y pidió á los Dioses que apartasen del corazon de los Atenieses un pensamiento tan atroz (b).» Seguíle con el pueblo, que cometió tambien la vileza de llenarle de injurias y de oprobrios. Un hombre mal vestido y de malísima cara usó la bajeza de escupirle en el rostro. Focion, sin descomponerse, exclamó: «¿No podrán impedir á ese

(a) Estas atrocidades fuéron castigadas: habiendo sido los Atenieses derrotados en un combate naval, el vencedor los hizo inmolar á todos á la vindicta pública.

(b) Proponiase á los Atenieses el introducir, á ejemplo de los Romanos, los combates de gladiadores: el filósofo Demonax se levantó exclamando: Atenieses, echad por tierra los altares de la Piedad y de la Misericordia.

hombre que haga cosas tan indignas?» Entré en la prision con muchos amigos suyos. Así que el verdugo le presentó la cicuta, uno de ellos le preguntó: ¿si tenia algo que encargar para su hijo? — Sí, tengo, le respondió; y es decirle que olvide la injusticia de los Atenieses. — Tomó seguidamente la copa, levantó los ojos al cielo, los bajó sobre nosotros, se sonrió, y se echó á pechos el fatal brebaje. Luego se acostó sobre una cama de tablas, sin proferir una queja, y sin la menor alteracion; y espiró, como Sócrates cuyas virtudes tenia.

Murió el 19 Targelion (Mayo), dia de la festividad de Jupiter, llamada *Diasia*. Hacian los caballeros una procesion en honor de Jupiter; y al pasar por delante de la prision, unos se quitáron las coronas de las cabezas, y otros echáron á llorar.

Aquel espectáculo doloroso me traspasó el corazon. Corrí á casa de Lastenia, que por este suceso estaba en cama; pues, como queria tanto á Focion, habia lastimado su alma la atroz injusticia de los Atenieses. Así que llegué, empecé á llorar: ella me entendió, y me acompañó con lágrimas abundantes. Viniéron á decirnos que un decreto prohibia dar sepultura á quien se debian erigir altares. Lastenia, que era intrépida en hablandose de obrar bien, me propuso que arrostrásemos

el furor del pueblo, y que fuésemos de noche á recoger los preciosos restos de aquel hombre grande.

Marchámos entre la oscuridad, acompañados de un solo esclavo. Vendiéronnos el cadáver, y Lastenia lo mandó transportar á su casa de campo. Trabajámos toda la noche para abrirle una huesa en el jardín, y la cubrimos con una gran piedra, en la que se puso esta inscripción: *Apreciable y sagrada tumba, deposito en tu hueco las reliquias de un hombre de bien. Conservalas fielmente para devolverlas algun dia al sepulcro de sus antepasados, cuando Atenas fuere mas juiciosa.*

CAPITULO XV.

Discurso y paseo de Lastenia. Encuentro de Diogenes. Desayuno en el campo sobre la yerba.

CONTINUABA Lastenia herloseando mis dias. No habia cosa que alterase su serenidad. Para nosotros habia olvidado el amor sus caprichos é inconstancias. Mezclábamos con lo agradable de sus placeres el delicioso entretenimiento de la lectura. Nunca acababan nuestras conversaciones. Paseábamonos, en las mejores horas del dia, á las orillas del

Iliso, ó por parages poco frecuentados. «El amor, me decia Lastenia, es hijo de la naturaleza, y gusta de los frescos céspedes, de los prados, de la sombra de los bosques, y del canto melodioso de los pájaros. Hasta la filosofía se complace bajo doseles de hojas, y por los valles, y cerca de las rústicas cabañas. Conviene que sean risueñas las entradas de la sabiduría. Los jardines de Epicuro estan llenos de plátanos, y nuestros pórticos y liceos se ven circundados de grandes alamedas de bellos árboles.» — Salímos, una hermosa madrugada, al apuntar la aurora, para ir á desayunarnos al campo. Dos esclavos nos llevaban las provisiones, y yo bajo del brazo el alimento espiritual de los Caracteres de Teofrasto, porque sus máximas y retratos solian ser pábulo de nuestras conversaciones y disputas. Andábamos muy poco á poco, respirando la frescura de la mañana, cuando nos dió en ojos una perspectiva espantable.

Vimos varias personas reunidas en torno de un árbol. Nos acercámos, y vimos á una vieja que acababa de ahorcarse. Estaban discurrendo sobre el motivo de su despecho, y compadeciendo su desventura, cuando un hombre, con capa andrajosa y remendada, con un palo en la mano, con unas alforjas al hombro, con barba larga, sin zapatos y sin túnica, se paró junto al cadá-

ver, y exclamó: *¡Que dichosos fuéramos, si todos los árboles diesen semejante fruto!* A todos enfadó aquel sarcasmo; y aun yo iba á responder al imprudente, cuando Lastenia me dijo: «¿Pues no conoces á Diogenes el cínico? Alejemonos, porque es un hombre á quien no puedo tolerar; y no porque no tenga penetracion, entendimiento ameno, agudezas felices, y bastante elevacion en su ánimo, sino porque su mordacidad, su piquería, y muchas de sus máximas son repugnantísimas. Dice que el sabio, para ser dichoso, ha de vivir independiente de la fortuna y de toda preocupacion; y que el rigor de las estaciones y las necesidades de la pobreza le han de encontrar impasible; y que las clases, las riquezas, los honores, la fama, y los miramientos que nos debemos unos á otros, no son á sus ojos mas que impostura y error.» Su habitacion era un tonel que ahora está en el templo de la madre de los Dioses, el cual tonel rompió un jóven, y los Atenienses le infligiéron por ello un castigo ejemplar, y diéron otro tonel á nuestro Cínico. Causa asco verle metido en su madriguera. Aseguran que allí, abandonando todo pudor, aísla sus deleites, diciendo que quisiera satisfacer con tanta facilidad las necesidades de su estómago. En verano se revuelca sobre la abrasada arena, y en invierno anda

descalzo sobre la nieve. Véle allí, que va ácia el río: sigamosle. ¡Cuanto orgullo y fanfarronada se esconde bajo aquellos harapos! Ahora se acerca á aquel muchacho que está bebiendo agua del río, y le habla: escuchemos. — *Diogenes.* «¿Que haces, niño? — *Niño.* Estoy bebiendo. — *Diogenes.* ¿Y sin taza? — *Niño.* ¿Para que la quiero? ¿pues no tengo el hueco de la mano? — *Diogenes.* ¡Por Jupiter, que dice bien! ese muchacho me enseña que tengo algo de superfluo.» — Mirale, Antenor, como arroja su escudilla por mueble inútil. Has de saber que el otro día viendo á los jueces que llevaban á un hombre al suplicio, por haber robado una redomilla en el tesoro público, dijo: «Ahí van unos ladronazos que llevan preso á un ladroncillo.» Pero apartemonos, que temo se me acerque. ¡Que contraste forma su filosofía con la de Aristipo! ¿En que se parece el decoro, las costumbres y la finura de este, al asqueroso cinismo del otro? Aristipo se plega á todas las situaciones, sabe usar de los dones de la fortuna, y sobrellevar sus rigores; y Diogenes, como un animal inmundo, no sabe mas que vivir en el lodo. Ocurriósele un día decir á Aristipo: «Si te contentaras con legumbres, no te humillarías á obsequiar á los príncipes. — Y si Diogenes, repuso Aristipo, obsequiara

á los príncipes, no se veria precisado á vivir con legumbres. » No perturbe pues nuestros placeres ese personaje vil: vamos á sentar á la sombra sobre el pendiente de aquella colina, y desayunemonos. El almuerzo era frugal, pero esquisito. Teníamos dátiles de Fenicia, y el pan, que era del mejor trigo, estaba amasado con leche, aceite y sal. Nuestra situacion era sumamente agradable. Un horizonte brillantísimo se abria delante de nosotros. El sol, que estaba á las puertas del Oriente, deslumbraba con infinitos resplandores. « ¡Que magnificencia, exclamó Lastenia encantada de ver aquel soberbio cuadro! ¡Que inmenso foco! Sol, ¿quien te ha criado? ¿donde está tu Criador? ¿que océano de fuego alimenta tus luces? » Estas reflexiones nos llevaron á hablar del politeismo. Lastenia abominó y despreció la multitud de Dioses, sus oráculos, sus misterios, y sus templos hechos carnicerías. Se habia hecho una religion para ella, para su uso, ó mas bien sus principios eran el teismo puro. No reconocia, como Socrates, mas que un Dios vengador del crimen y remunerador de la virtud. « La virtud, decia, no consiste ni en las oraciones, ni en los ritos, ni en las privaciones; es toda activa: hallase en la cadena reciproca que nos une, y en el bien que el hombre debe hacer al hombre. Tal es la religion de las personas

ilustradas, la que debe agradar al Ser supremo, la que inspira el amor y el reconocimiento, y no el terror. Si en las obras de este primer autor hallamos dificultades y contradicciones, todas nacen de nuestra ignorancia, ó de la desproporcion que hay entre él y nosotros. ¡O gran Jupiter! quien quiera que seas, cualquiera que sea el nombre que tengas, la inmensidad es tu templo: la tierra, el mar y los cielos son tus altares. No dudo que un dia no degraden la razon de nuestros nietos supersticiones tan absurdas como las nuestras; mas pienso que despues de haber adorado gatos, ibis, cocodrilos, dioses Apis, y hombres-dioses, recibirán del cielo el teismo depurado de todas estas supersticiones. Esta es una verdad que no es todavía tiempo de dejar salir de la caja: seria recibida, como lo fuéron de los Troyanos los oráculos de Casandra; y nuestros sacerdotes, unidos por el interes á la religion, persiguen con encarnizamiento á todo atrevido que osa levantar la punta del velo que cubre su hipocresía. Han inmolado á Socrates, han condenado á Anaxagoras, y sacrificarian á otros.»
 ¡Ay de mí! estos principios que adopté, fuéron los que me separaron largo tiempo de esta muger hechicera.

CAPITULO XVI.

Fiestas de Baco. Desgracia de Antenor.

RENACIA ya la primavera, y se llenaba la ciudad de extranjeros atraídos por las grandes Dionisiacas, ó fiestas de Baco. En su origen no se veía en ellas mas que un cántaro de vino, una cepa, un macho de cabrío adornado de guirnaldas, un azafate lleno de higos, y un falo: hoy esta fiesta ofrece una pompa bien diferente. Fuí asistente constante á este espectáculo tan nuevo para mí. Comenzó á la entrada de la noche, y Polifron me condujo á él. Corrimos las calles; toda la ciudad estaba como embriagada. Primeramente parecieron las bacantas y los iniciados cubiertos con una piel de Fauno, y ceñidas las cabezas con una mitra coronada de mirto y de yedra. Con una mano balanceaban los tirso, y con la otra agitaban los címbalos y los cascabeles: marchaban tocando la trompeta. Yo veía desfilar tropas de bacantes y bacantas, coronados de hinojo y de ramos de chopo, los cuales se agitaban, bailaban, aullaban, invocaban á Baco en voces desentonadas, y destrozaban las víctimas crudas con las uñas

y con los dientes. Llegóse á nosotros uno de los amigos de Polifron; hablámos de aquel espectáculo, de los gestos y de las contorsiones de los bacantes; y dije que las fiestas de Baco eran las de los borrachos.

Vimos luego una procesion que representaba el triunfo de aquel Dios á su vuelta de la India. Habia hombres disfrazados de sátiros, y en la figura del dios Pan. Otros llevaban machos de cabrío para sacrificarlos: estos montados sobre burros, con la faz rubicunda, imitaban á los Silenos, marchando con la cabeza vacilante; y aquellos, vestidos de mugeres, cantaban cánticos obscenos, y llevaban en el extremo de una percha un objeto llamado *Falo*, delante del cual se arrojaban todas las devotas. Yo reía de estas buenas mugeres, y dije á Polifron: Estos sacerdotes son bribones sagaces. Al oirme esta espresion impía, Polifron me hizo señas para que fuese mas circunspecto; habia mirado á su amigo, y advertido que habia hecho este un gesto desagradable.

Pero un espectáculo mas grato suspendió mis burlas. Vimos venir con paso mesurado á las Caneforas, virgenes jóvenes de la mayor distincion. Caminaban dos á dos, los ojos bajos, vestidas con una túnica sencilla, y de una maravillosa blancura. Llevaban sobre las cabezas unas cestas de juncos, cubiertas con

un velo de púrpura, y llenas de las primicias de muchos frutos, de tortas, de semillas, de sal, y de hojas de yedra. Acompañabanlas criadas, las cuales llevaban en una mano un parasol para preservar á sus amas de los calores, y en la otra una silla de tijera para que descansasen.

Aquel espectáculo me prendó, porque aquellas muchachas vírgenes eran lindas, ó lo parecían. La frescura, la lozanía de su edad, su adorno, su modestia y su silencio atraían los ojos y los corazones, y promovían la piedad. Seguíanlas unos muchachos adornados con túnicas sencillas. Todos los techos de las casas, que eran terrados, estaban llenos de espectadores, y las mugeres alumbraban la brillante pompa con lámparas y hachones.

Recorrió aquella procesion la ciudad miéntras pasó una parte de la noche, cantando himnos fálicos y celebrando las virtudes de la Divinidad: detuvo en la plaza mayor. Las vírgenes y los muchachos formáron una gran rueda. Los sacerdotes se colocáron en medio, sacrificáron dos becerrillas y dos machos de cabrío, é hicieron seguidamente las libaciones, y vertieron por tres veces al derredor de las víctimas espirantes agua y miel en honor de Baco.

Entré en mi casa contentísimo, y con propósito de ir muy temprano al teatro, para

hallarme en las oposiciones de música y de baile, y asistir á los concursos de dramas nuevos, á pesar de que la memoria de mi desgraciada tragedia me habia preocupado contra los juegos escénicos. La flor de la juventud debia bailar en el teatro enteramente desnuda. Sofocles fué el primero que dió en su primavera este espectáculo á sus conciudadanos en las fiestas de Ceres. Ocho dias ántes Frine, la bella Frine, se habia bañado sin ningun velo á los ojos de toda la ciudad: todos los inteligentes, todos los artistas habian acudido para admirar las bellas proporciones de su cuerpo (a).

Durmiendo estaba yo profundamente, cuando un esclavo de Lastenia me despertó despavorido, rogandome de parte suya que fuese inmediatamente á verla. Salí al momento, y la hallé consternada y con los ojos llorosos. « Amado amigo mio, me dijo abrazandome, preciso es que nos separemos, y que al ins-

(a) En los primeros siglos de la Iglesia se bautizaba á las personas de entrámbos sexos indistintamente en las mismas aguas.

Nota del traductor. La nota anterior no quiere decir nada, si no se advierte que el bautismo se hacia por inmersión, es decir sumiendo todo el cuerpo desnudo en el agua, y que todos se bautizaban ya adultos, y aun muchos esperaban á la vejez ó á la última enfermedad.

fante te vayas. — ¡Irme!.... ¡dejarte yo, Lastenia!.... ¡yo dejarte! exclamé pálido de terror. — Sí, Antenor, porque has ofendido con sarcasmos á los sacerdotes de Baco. Estos ministros de paz son vindicativos é implacables. Te han denunciado al segundo arconte, y este al tribunal de los Heliastas (20): serás indubitablemente condenado, y aun ahora mismo tiemblo ya. Huye cuanto ántes, y nunca olvides á la mas tierna amiga tuya.» — Quedé mudo, y petrificado como Niobe. Asustada Lastenia de mi estupor, me abrazó estrechamente, me regó con sus lágrimas, y me recordó mi juicio y mi razon. En fin, despues de un largo y pavoroso silencio prorumpí en sollozos y en desesperadas voces. «No partiré, la dije: prefiero la muerte.» Entráron en aquel instante mismo Polifron y Aristipo, que iban tambien á advertirme del riesgo en que estaba. «Amigo mio, me dijo Aristipo, preciso es ausentarse. Conven-gamos en que lanzar epigramas contra nues-tros sacerdotes y sus graciosidades, es hacer el Titancillo, es atacar á los Dioses. No que-ráis representar aquí á Socrates, y dar á los Anitos y Melitos el gusto de haceros tragar un vaso de cicuta: huid cuanto ántes; que, miéntras esteis ausente, echarémos tortas con miel á la boca de estos cerberos para apaci-guarlos.»

No me resistí mas, y volví á casa á com-poner mis negocios. Dabame priesa á ello, cuando entró Polifron todo azorado, sin ha-blar. «¿Que es eso? le pregunté: hablad fran-camente, qué nada tengo ya que temer. — Pues bien, Antenor, armaos de firmeza, que vienen á prenderos.» En efecto, se presentó un oficial del Areopago, acompañado de dos satélites, y me mandó que le siguiera. Abracé á Polifron con ojos enjutos, y marché á la prision.

¡Tremenda caída! ¡venir á parar desde el centro de los placeres, de los deleites y de las delicias del amor, á los grillos, y á la ha-bitacion de los crimenes! Pero las tinieblas y los horrores de la muerte que me circundá-ron, me asustáron menos que la pérdida de Lastenia. Pasé todo el dia envuelto en un dolor tétrico, y sentado sobre una piedra. Vino la noche: ¡que soledad! ¡que silencio! Angus-tiabaseme el ánimo, y me aniquilaba la deses-peracion. Para mí el tiempo estaba inmóvil como ántes de la creacion del mundo. Iba la noche adelantandose, y redoblandose mis an-gustias; pero súbitamente oí rechinar los cer-rojos, me estremecí, miré, y divisé una luz muy débil: traíala un esclavo, el cual me llamó, y á su voz me conmoví. «¿Que quieres? le pre-gunté: ¿quien eres? — Tu amiga, que viene á salvarte: reconoceme. — ¡Cielos! ¿tú eres?

¡oh Lastenia! ¿quien te impulsa para que me socorras? — Antenor mio, la humanidad, la lástima, y el amor; pero ven conmigo, porque en esta habitacion espantosa todo me estremece y horroriza.» Tomóme por la mano, salimos, apresurámos el paso, y nos vimos pronto de puertas afuera de la ciudad. Allí encontré á Aristipo, á Polifron, á un esclavo, y dos caballos. Aristipo me dijo: «Partid, y sabed que no sin gran dificultad hemos conseguido el permiso de sacaros de la prision: el alma del gran sacerdote de Baco se prestó á la compasion: fuéron oidas Lastenia y la humanidad.» Me postré á los piés de Lastenia, sin poder balbuciar mas palabras que agradecimiento..... desesperacion..... y eterna fidelidad. Mandó Aristipo acercar el caballo, y me dijo: «Todos cuatro estamos en peligro, y no querriais esponernos.» Diciendo esto, me abrazáron él y Polifron; y cuando tuve á Lastenia entre mis brazos, fué menester arrancarme de ella: alejáronla, montáronme á caballo, arreólo el esclavo, me precedió, y le seguí. Marchámos toda la noche y una parte del dia siguiente, y parámos, al ponerse el sol, cerca de Oropa, ciudad situada sobre los confines de la Beocia y del Atica, á docientos cuarenta estadios de Atenas (a).

(a) Cerca de nueve leguas y media.

 CAPITULO XVII.

Su encuentro al llegar á Oropa. Carta á Lastenia. Respuesta.

AL acercarnos al pueblo, iba yo caminando á pié, cabizbajo, y profundamente conolido. Pasé por junto á un hombre de edad avanzada y sencillamente vestido, que estaba sentado sobre la yerba tomando el fresco. Saludóme, miróme atentamente, y conocí que le habian parado mi melancolia y mi juventud. Vinose á mí á preguntarme ¿si tenia en Oropa algun pariente ó amigo en cuya casa alojarme? Respondíle que á nadie conocia. — Pues yo seré, me repuso, vuestro huésped y amigo: venid á mi casa, porque me parece que sois desgraciado; y siendolo, debe mi casa ser vuestro asilo.

Movido yo del afectuoso tono y de la fisonomia agradable de aquel hombre, acepté su oferta. — Seguidme, me dijo: yo vivo en el campo, y no está lejos mi habitacion. Al entrar en su casa, me añadió: «Aquí no hallaréis el fasto y la superfluidad de la opulencia, pero disfrutaréis reposo y libertad.» Me presentó á su hijo é hija: esta entraba en la pri-

mavera de su edad, y el hermano acababa su cuarto lustro. La casa de Diocles, que así se llamaba mi huésped, era cómoda y modesta: cuatro moreras copadas la daban sombra, y no lejos de la casa corría una fuente cuya agua fresca y límpida regaba un jardín y una pequeña pradería que lo terminaba. Los muebles y utensilios correspondían á la sencillez del amo.

Habiame dado Lastenia dos palomas para que con ellas la enviase prontamente noticias mías: este era el uso de la Grecia. Aquellos animales, adiestrados cuidadosamente, y deseosos de volver á ver sus pichonzuelos, se volvían á sus nidos de una volada. Así que bajé de mi caballo, escribí con mano trémula el siguiente billete:

« Los Dioses, cara Lastenia mia, me han dejado la existencia, sin duda para anegarme en amarguras. Dicen que estoy en Oropa; no lo sé: mi alma abrumada, fuera de sí, ignora si habita en la tierra ó en el Tártaro. ¡O Lastenia! ten compasion de esta alma que solo vive por tí y para tí. ¡Feliz el que sabe morir!»

Até este billete al cuello de una de las dos palomas, y la solté. Mientras aguardaba la respuesta, estuve inaccesible á todo consuelo, iba y venía por el campo como un atolondrado, trepaba por las rocas, y me cansaba por las colinas; y en todas partes grababa

el nombre de Lastenia. Cuando encontraba algun eco, sentia alguna dulzura en hacerselo repetir, y á la noche me volvía á casa abrumado de fatiga y de dolor. El primer día no quise tomar alimento; pero al segundo viendome mi huésped obstinado en no comer, me dijo: « Examinaos bien, y si habeis determinado mataros de hambre, teneis razon de absteneros; pero, si habeis de comer algun día, mejor es que hoy empeceis: creedme. » Tomé su consejo, y me fué bien con él.

Tuve por fin respuesta de Lastenia; y me notició que los sacerdotes de Baco, por orden de los Heliastas, habian pronunciado solemnemente imprecaciones contra mí. « Se han vuelto, me decia, ácia el occidente, sacudiendo sus vestidos de púrpura, y han votado á los Dioses infernales no solo á tí, sino tambien á toda tu posteridad. Estan persuadidos de ello, y lo hacen creer á otros, que las furias van á apoderarse de tu corazon, y que su rabia no quedará saciada hasta la estincion de tu raza. Pero nuestras furias, amado Antenor mio, son nuestras mismas pasiones, cuando han quebrantado el freno de la razon. ¡Ay de mí! tu ausencia me ha entristecido y alterado mi salud: los consejos y amistad de Aristipo y algo de filosofía sostienen mis fuerzas, y me recuerdan la necesidad de padecer. En fin, me instruyo en la escuela de la

esperiencia y de las desgracias. Veo que las pasiones, parecidas á las tempestades, asolan y destruyen el campo de la vida. A diós, amable amigo mio. Todas las horas del dia te busco, y pido tu persona á los sitios en que solia verte, pero estan sordos y mudos; y entónces derramo lágrimas, como ahora mismo, que mojan este papel. Recogelas, mezcla con ellas las tuyas, y nunca olvides á tu desventurada y sensibilísima amiga. Pasalo bien, y se dichoso.»

Aquella carta irritó mis heridas: la pesadumbre perturbó mi razon y abatió mis fuerzas. Muchas veces, vagando por los montes, estuve á pique de precipitarme en sus abismos. No sé que mano invisible, ó que repentino apego á la vida, me contuvo en la misma orilla del precipicio.

Entretanto el sabio Diocles procuraba fortificar mi alma, y derramar en ella algunos consuelos, con atenciones, con buenas máximas, y con consejos dictados del corazon. Crisila, hija suya, que era fresca y hermosa como Hebe, era tambien sencilla y graciosa; se esforzaba á distraerme, ya cogiendome flores, ya presentandome frutas, ya cantando y tocando la lira; me pedia con frecuencia, dulce y tiernamente, que no me entristeciese; y decia que mis pesares la causaban pena, porque ni podia ver padecer á

un pájaro. Algunas veces suspendian mi dolor sus amables caricias; pero, en quedandome solo, renacia con mayor vehemencia.

CAPITULO XVIII.

Diocles, para consolarle, le cuenta su historia.

UN dia me encontró Diocles tendido sobre una piedra, con el semblante pavoroso, y con los ojos desencajados y fijos, y me reprendió tanto abandono y flaqueza. «La desgracia, me dijo, alcanza á todos los humanos: jóven sois, aprended á sufrir. A ver si sabeis el siguiente pasage de Democrito. Estaba este en la corte de Dario, cuando el Monarca perdió la muger á quien mas amaba, manifestandose inconsolable por aquella pérdida. Ofreció Democrito resucitarla, con tal que le diesen el nombre de tres personas que nunca hubiesen experimentado desgracia alguna. No las halláron, y aquella prueba sirvió á Dario de consuelo. Yo, como todos los mortales, he pagado muy á menudo mi tributo de dolor. He conocido la adversidad, he aprendido á sobrellevarla, y al fin he visto suceder á las borrascas dias serenos. Mañana por la mañana vendréis conmigo, y veréis,